

## FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.



El sueño del cautivo.

### LA FÉ.

Estendía sus alas en la culta Europa el *feudalismo*. Cada colina, cada castillo, pertenecía á algun rico magnate á

SEGUNDA SERIE.—1866.

quien su rey temía y de quien sus vasallos temblaban. Los inmensos derechos que el señor gozaba eran otras tantas vejaciones del vasallo. ¿Cuál fué el origen del feudalismo? Imposible es decirlo fijamente, pues es objeto de opiniones

AÑO XXIV. 25

muy contrarias. La verdad es que, á pesar de haber caído el imperio romano bajo el impetu y los golpes de las tribus del Norte, las instituciones y la civilización latinas existían en medio de la confusión inmensa producida por la conquista, y veíanse reunidos en aquella sociedad sin vínculos ni punto de unión, los elementos mas contrarios, el cristianismo, las tradiciones de Roma y la barbarie en toda su repugnante desnudez. Solo un régimen era posible para salvar tal situación, y este régimen era un fraccionamiento que pudiese adaptarse á una sociedad dividida hasta lo infinito. El feudalismo nació fatalmente de la invasión de los pueblos germanos, y encontró elementos para su desarrollo en los hábitos y costumbres de aquellas naciones guerreras. El feudalismo no se estableció de una manera sistemática, el mundo no obedece al espíritu de sistema; los grandes acontecimientos que cambian la faz de las sociedades rara vez son previstos y conducidos por la sabiduría humana. ¿Produjo bienes ó fué causa de males la existencia del feudalismo? También se encuentran en esto divididas las opiniones; pero, en nuestro concepto, fué su existencia beneficiosa, pues sin él, los pueblos no hubieran existido, ni se hubieran formado las grandes nacionalidades. Mas basta ya de digresión, y empecemos, por decirlo así, nuestro relato.

Hemos dicho al comenzar nuestra historia que el feudalismo dominaba; pues bien, en un pintoresco valle de la poética Asturias alzabase orgulloso castillo, que con sus almenas y sus torres, su puente levadizo, sus arqueros y ballesteros, causaba respeto á los vecinos y temor á los extraños. Benéfico y bondadoso su dueño don Rodrigo Villadares, formaba extraño contraste con los demás señores de su época. Frisaba en los sesenta años, pero se conservaba aun fuerte, emprendedor, decidido y en toda la plenitud de su energía. Habitaba solo su patrimonial castillo en compañía de su bella hija Marina, que contaba apenas diez y ocho años, y á quien la naturaleza habia colmado de estremada hermosura. Blanco y terso cutis, rizadas trenzas, negras como el ébano, brillantes como el sol, pié breve y torneada mano, ojos rasgados que reflejaban su alma pura, boca de coral adornada de perlas, tal era, aunque imperfectamente trazado, el retrato de la linda primogénita de don Rodrigo. Nadie podia verla sin amarla; pero fingiéndose desdeñosa á todos, solo encontrabapacer en recorrer aquella linda campiña, donde el viento la susurraba blandamente al oído, inclinando las hojas de los árboles á su paso; donde el tranquilo arroyuelo reflejaba en las puras ondas su angelical rostro, donde los pájaros entonaban sus mas preciados y preciosos trinos al divisarla, donde, en fin, no oía mas que las bendiciones de sus vasallos y las alabanzas de sus feudatarios. La campiña y el cuidado de su buen padre eran, al parecer, los encantos de Marina. No podían las cosas, sin embargo, existir así. El corazón de una jóven á los diez y ocho años necesita amar, necesita esa sávia perfumada de los primeros años y de las vírgenes ilusiones para que sus hojas se estiendan y su vida se anime.

Don Rodrigo, comprendiendo eso mismo, la tenia destinada para que fuera la esposa de un noble pariente suyo, que á la sazón se hallaba con sus mesnadas ayudando al rey en arriesgada empresa, y conocedor profundo del corazón de la mujer, tenia dadas severas y terminantes órdenes para que nadie pudiera hablar á Marina sin su permiso, salvo los servidores de la casa, temeroso siempre de que pudiera la jóven enamorarse de persona que desbaratara sus planes. Mas fueron vanos todos sus cuidados, puesto que Marina encontró dentro de su misma casa, el que su co-

razón queria fuese compañero de su vida. Con efecto, entre la servidumbre se encontraba un paje jóven y bizarro, entrado en los veinte años, que por su gallardía y gentileza merecia haber nacido en clase mas elevada. Huérfano, niño y abandonado lo recogió don Rodrigo en su castillo, y á él debia el jóven una vasta instrucción y especiales conocimientos. Crecieron Marina y el paje Jimeno (tal nombre le daban) á un mismo tiempo, y sin darse cuenta el uno al otro, ambos llegaron á quererse, no ya con el cariño de hermanos, sino con el mas puro, ardiente y dulcísimo amor.

La plateada luna estendia su brillo por toda la comarca, la tierra dormida no dejaba oír el mas leve ruido, solo la voz de los centinelas y el graznido de las aves nocturnas interrumpían aquel monótono silencio. Sumido en él se hallaba el castillo de don Rodrigo, cuando por un estrecho y antiguo puente de piedra, que conducía á una parte poco habitada de la feudal morada, veíase deslizarse una ligera sombra que siguió ganando la altura, y al llegar cerca de una ventana del piso bajo, imitó tres veces el chillido de la lechuza. A la tercera la ventana se abrió, y una figura blanca como la nieve apareció en ella.

Ya la luna oculta por una nubecilla se descubria, para alumbrar brillante aquel amoroso cuadro, y á su claro resplandor aparecieron en toda su juventud y belleza el paje Jimeno al pié de la ventana, y la hermosa Marina en ella. Miráronse ambos largo trecho, y al fin rompieron el silencio de esta suerte:

—Cada vez, Jimeno, tiemblo mas, al considerar los peligros que corres al hablarme de esta manera. Cualquiera de los centinelas que te divisase, podria causar tu muerte.

—Nada temas, hermosísima Marina; á tu lado no puede haber peligros, y solo la dicha y la ventura pueden rodearte.

—A no ser por la gravedad de lo que tengo que decirte, note hubiera mandado venir.

—Habla, bien mio, que por Dios me haces temer alguna desventura.

—Si por cierto, exclamó Marina rompiendo el llanto.

—Díla, espícale; mira que me estás matando.

—Pues bien, Jimeno, mañana llega el que mi padre me destina para esposo. Mañana te pierdo para siempre.

Imposible es pintar el efecto que tales palabras causaron en el infeliz amante.

—¿Qué hacer? exclamó Marina sollozando.

—Hablaré á tu padre, dijo el paje, y si no me concede tu mano, ¡vive Cristo, que yo hallaré medio de que seas mía!

En esto una ronda interrumpió el coloquio, y habiendo hecho algun ruido Marina al cerrar la celosía, se dirigieron los soldados hácia aquel punto, dando apenas tiempo al atribulado Jimeno para huir precipitadamente.

Al otro día, y hallándose solo en su aposento don Rodrigo, llamaron á su puerta.

—Entrad, dijo el anciano, y Jimeno penetró en la estancia.

—¿Qué traes de bueno, hijo mio? exclamó el de Villadares.

—Señor, contestó el paje; criado por vos, debiéndooos cuanto soy y cuanto valgo, me temo que al saber el objeto de mi venida pierda vuestro cariño.

—Habla, pues me espanta tu temor y tus palabras, ya sabes que te quiero como á un hijo, y que haré cuanto pueda por ti.

—Don Rodrigo, por mas que endulzara mi petición con

frases estudiadas, no conseguiría hacérsela mas llevadera; así, pues, perdonad la sequedad de mis palabras. Sé que mañana llega la persona que destinais para marido de vuestra hija, pues bien, señor, yo amo con loco frenesi á Marina, y ella me corresponde. ¿Me la entregais por esposa? y tal diciendo cayó de rodillas el paje.

Aterrado y confundido se quedó don Rodrigo con tan inesperada nueva, mas despues de un largo rato en que se veia la impaciencia del jóven y la duda del anciano, cogió éste á Jimeno, y alzándole del suelo le dijo:

—Hijo querido, me has matado con tu peticion. Veo que la haces de acuerdo con Marina, y no quisiera verme precisado á contrariar sus sentimientos. Tú sabes que te quiero con toda mi alma, pero nunca podrás ser el marido de mi hija. No te ofendas por lo que te voy á decir; el cielo sabe que no quiero rebajarte. Si tuvieras un nombre, tal vez podria hacer que se cumplieran tus votos, pero ya sabes que te recogí huérfano, sin nombre, sin familia, y que han sido infructuosos todos los pasos que hemos dado para saber tu historia. Es imposible esa union; por mas que te quiera, no puedo admitir en mi familia una persona de quien nada sabemos.

En esto entró Marina, y arrojándose á los piés de don Rodrigo:

—¡Padre del alma! exclamó, no causeis nuestra eterna desventura.

—Nada puedo hacer, hija mia; Jimeno es bueno, pero no sé quien es.

—Padre, si lo sabes; Jimeno es un hombre honrado, laborioso, digno de ser vuestro hijo; y si en el mundo no tiene nombre, á Dios no le importa, pues ve su corazon y sabe la nobleza de su alma.

—Hijos míos, es imposible, no insistais, pues nada conseguireis.

Entonces se adelantó Jimeno, y con tranquila voz dijo:

—Señor, nunca os pagaré lo mucho que os debo. Es justo lo que deseais, y sé lo que debo hacer; pero puesto que sois tan bueno, concededme un último favor. No caseis á vuestra hija hasta dentro de un año. En ese tiempo yo encontraré ó conquistaré un nombre, y con él me presentaré á pedirlos por segunda vez á Marina. Si al año no vuelvo, es que he muerto, y entonces rogad por mí.

—Bien, Jimeno, bien, hijo mio; exclamó Villadares. Veo la nobleza de tu corazon, y en recompensa te otorgo lo que pides. Hasta dentro de un año mi hija será libre, y si entonces me traes un nombre, será tuya.

Volvióse el paje á Marina, diciéndola:

—Acabas de oír la promesa de tu buen padre. Dentro de un año puedes ser mia; ahora solo me resta que sobre esta bendita cruz que siempre llevo colgada al cuello jures guardarme puro y sincero cariño, no dar tu mano á otro hombre, y si lo juras mi dicha será inmensa, mi satisfaccion sin igual.

Tal diciendo, se desabrochó la ropilla, sacó una cruz pequeña de ébano, y Marina poniendo la mano sobre ella dijo:

—Te lo juro, Jimeno; tuya ó de Dios.

Don Rodrigo lloraba, y abrazando á ambos entre sollozos, decia:

—Almas nobles, corazones puros, que el cielo os proteja.

Jimeno, arrodillándose ante un crucifijo, exclamó:

—Señor, Dios y criador mio, creo en vos, que nos redimisteis del pecado, tengo completa fé en vuestra miseri-

cordia, en nuestra sacrosanta religion; tengo fé en mi porvenir, porque todo lo espero de vos y de vuestra santísima Madre. Que la fé de Marina me siga, me acompañe, me guíe; y permitid en vuestros altos misterios que, al adquirir yo un nombre para dárselo á la mujer que adoro, lo adquiera en vuestra santa gloria y por vuestra santa causa.

Don Rodrigo y Marina, que se habian arrodillado al empezar tan tierna plegaria, se levantaron, y estrechándole en sus brazos, dijo don Rodrigo:

—Jimeno, tienes razon; el que tiene fé y creencia en su religion, debe tener fé en su porvenir; tú tienes fé en Dios, nosotros la tenemos en él y en ti.

A la caída de la tarde Jimeno salia del castillo de los Villadares, envuelto en su ancha capa, mientras que una blanca figura, dominando la torre del homenaje, parecia guiar los pasos del infortunado jóven.

#### LA ESPERANZA.

Llevemos á nuestros lectores á Africa, á esa parte del mundo, donde la tiranía impera, donde la voluptuosidad es la vida, donde la rudeza unida al fanatismo, constituyen la manera de ser de un pueblo indómito y salvaje.

El sol cayendo abrasador sobre la tostada arena, nos permite distinguir perfectamente los objetos.

A la derecha se ve una blanca ciudad en la que la *media luna* brilla y tiene su asiento: mas á la izquierda un campamento se estiende y en él domina la *Cruz de Cristo*.

La lucha entre agarenos y cristianos está empeñada, el fanatismo y la fé, se disputan el triunfo.

Penetremos en el campo cristiano. A juzgar por el movimiento que en él se nota, debe empeñarse pronto encarnizada accion. Todo es preparar armas, sonar clarines, dar órdenes, relinchar los corceles, todo en fin, es alegría, bullicio y confusion. En una blanca tienda se encuentra un caballero perfectamente armado, que triste y meditabundo recorre con tardo paso el estrecho recinto. Juventud y belleza le adornan, su aire demuestra que ha de ser uno de los buenos soldados de Cristo, y la impaciencia de su rostro da á conocer que no solo los belicosos aprestos le preocupan.

Despues de un rato quitóse el casco, y la negra cabellera de Jimeno cayó formando rizos por sus anchas espaldas. Sí, era Jimeno; que con su espada buscaba un nombre para Marina; era Jimeno, á quien *su Dios y su dama*, le daban brios, para rendir al agareno.

Sonaban los clarines, y Jimeno antes de partir, sentóse á una mesa y cogiendo un pergamino empezó á escribir la siguiente carta á su protector don Rodrigo Villadares.

«Señor: un dia en que me pedisteis un nombre, abandoné vuestro castillo para buscarle. En vano fueron mis pesquisas para encontrarlo, y desesperando ya de poderlo conseguir, vine á estas lejanas tierras á conquistar uno. Me presenté á nuestro bondadoso monarca, que dolido de mis penas me dijo:—Por tu alma y tu corazon eres noble; así pues, que tus hechos me presenten ocasion de darte un nombre. Para que puedas adquirirlo, dirás á todo el mundo que eres Diego de Mendoza, noble asturiano, que vienes á tomar parte en la guerra. Diego de Mendoza, venia efectivamente, pero ha muerto y yo solo lo sé. Ahí tienes sus equipajes, ármate con ellos y recibe ese bolsillo para gastos: dentro de pocos dias, daremos una accion; en ella gánate un nombre, y por Dios te juro que te lo daré en el mismo campo de batalla y entonces esplicaremos á nuestros nobles

la verdad del caso. Vé, hijo mío, y que el cielo te ayude.—Tal como dijo su alteza, se ha hecho; hoy es, don Rodrigo, el día de la batalla: que el cielo me auxilie, me ampare y haga que mis hechos satisfagan á mi rey. Me alienta la *esperanza* de la proteccion divina, y ella causa mi dicha. *Espero* que el rey me premie, y *espero* tambien encontrar á mi vuelta á Marina, amante y dispuesta á ser mi esposa. Todo sea en la santa gloria de Dios.—De esta manera os convencereis de que por mi parte hago cuanto puedo por ser digno de vuestra hija. Decidla, señor, que la adoro con todo mi corazon, y que la juro que hoy, ó moriré ó tendré un nombre que ofrecerla. El paje que os llevará la presente es de toda mi confianza, y él os enterará con seguridad del sitio en que me encuentro. Señor, os desea toda suerte de felicidades vuestro leal vasallo.—Jimeno.»

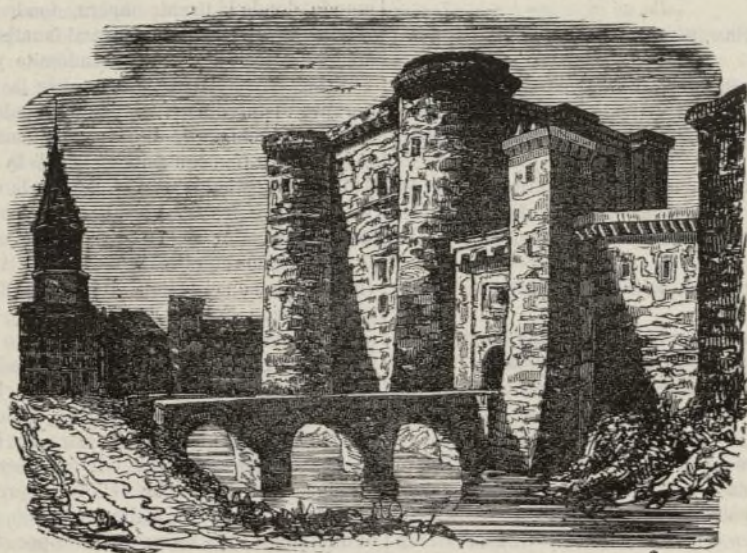
No bien firmó Jimeno la misiva, llamó á un paje y le dió las oportunas órdenes para que la carta llegara á su destino, y en tal momento vinieron á prevenirle de parte del rey que queria tenerle á su lado durante la pelea.

Partió el jóven á cumplir las órdenes del monarca, y empeñóse aquella de una manera terrible. Tanto quiso esforzarse Jimeno, y de tal manera combatió, que adelantándose demasiado llegó á penetrar en las filas enemigas, en donde cayó herido por las armas sarracenas. Los cristianos tuvieron que retirarse por aquello de que *Dios protege á los malos cuando son mas que los buenos*, y es fama que al entrar el rey en su tienda exclamó:

—Vive Cristo, que mas que la retirada siento la muerte de don Diego de Mendoza, porque á no morir, le hubiese hecho marqués de Santa Fé, pues su arrojo bien merecia tal recompensa, y en cuanto á vosotros, infieles hijos del Profeta, solo por conquistar el cadáver de Mendoza, os reduciré á polvo.

#### LA CARIDAD.

Han pasado dos meses de los acontecimientos que dejamos relatados, y en un oscuro é insalubre calabozo, se ha-



El castillo de Villadares.

lla tendido un jóven. La noche ha tiempo que ha desplegado su manto y la oscuridad es profunda. En un rincon y sobre algunas pajas se entrega al sueño nuestro prisionero.

Su fisonomía se alegra, la vida se anima en aquel cuerpo. Algun benéfico sueño es, sin duda, la causa de aquella alegría. Pues que la pluma lo puede todo, penetremos en sus misterios y veamos lo que soñaba.

Al quedarse dormido, la libertad era su único anhelo, y pensando en ella, vió que la prision se iluminaba y que entre celestiales resplandores, se le aparecieron tres hermosas doncellas que representaban, LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD, y cosa estraña, las tres tenian el mismo rostro y todas, en fin, eran el retrato de la mujer que él adoraba. Entonces el prisionero se incorporó á pesar de las cadenas que lo sujetaban y mirando fijamente á la aparicion exclama:

—Te contemplo, Marina, veo tu angelical hermosura, tú, representando la *fé*, me recuerdas la que nos prometimos

y la que me alentó para acometer mi empresa. Representando la *esperanza*, me indicas la que en el triunfo tuve, y representando la *caridad*, anuncias mi porvenir. Si; yo te amo, yo te adoro y aun tengo la esperanza de salvarme y volar á tu lado. Pero, ¡Dios mío! que sea pronto, no la encuentre en otros brazos.

El ruido que produjo la puerta del calabozo al abrirse despertó al dormido. La ilusion desapareció y todo quedó en su ser y estado. Volvióse de mal humor el prisionero para ver quien venia á distraerle, y se encontró con un venerable padre trinitario, misionero en aquellas tierras. Después de todo enojo y besándole la mano exclamó:

—Bien venido seais padre.

—La paz sea con vos, don Diego de Mendoza.

—¡Sabeis por lo tanto mi nombre!

—Sí, como tambien vuestra prision, y deseando servir á Dios, ayudado de su gloria, he solicitado del Sultan, me permita quedarme en vuestro puesto y que vos volvais al

campamento. El infiel me teme mas á mí por las conversiones que pueda hacer, que á vos por los soldados que podais matarle, sin comprender que la vejez nada puede hacer, al lado de la juventud.

—Sublime ejemplo de caridad me revela vuestro propósito.

—Hijo mio, la *caridad* no es sublime, es simplemente *caridad*. Cuando un acto religioso se hace, pensando en que se hace, pierde todo su mérito. La *caridad* debe existir dentro de nuestra alma sin que nos apercibamos de ello. Dios no premia lo que se hace pensando, sino lo que se hace sin darse cuenta de ello; pero no divaguemos, pues el tiempo es precioso. Ya rompe el alba, hoy debe darse una batalla y debíais hallaros ya en el campamento. Con vuestro traje no podríais salir, pues os matarian, dádme-lo y tomad el mio.

—Padre, no acepto el sacrificio. Aquí á vuestra edad moriríais.

—Diego de Mendoza, el Señor lo quiere; parte, yo lo ordeno.

Quitóse Jimeno la túnica que cubria sus hombros y un grito del misionero le hizo volverse con rapidez.

—¿Sois don Diego de Mendoza efectivamente? le preguntó el anciano con avidez.

—No padre, me llaman Jimeno, y el joven rompió el llanto.

—¿Por qué llorais? Contadme vuestra historia.

—No la sé; solo en el mundo me recogió de dos años don Rodrigo Villadares, desde entonces con él he vivido. No sé quienes son mis padres. Los he buscado inútilmente.

—¡Hijo de mis entrañas! exclamó el misionero arrojándose en brazos del joven. Yo soy tu padre.

Suspenso quedó Jimeno, sin atreverse á dar crédito á tan extraña nueva.

—¿Lo dudas? pues bien, dos palabras y te convencerás. Yo en el mundo era el marqués de Siete-Torres. Rico y de una posición envidiable, malgasté mi vida en vanas quimeras. Ya hombre, entré en relaciones con la hija de un noble, amigo mio. Falté con ella á todas consideraciones y antes de que la Iglesia nos uniera, se encontró madre. Tú eres el fruto de aquel intenso, pero impremeditado amor. Al darte á luz murió, y de no ser así, te juro por su santa memoria, que hubiera sido mi esposa. Su padre, hombre estremadamente rígido, no vió mas que la afrenta, y me persiguió tenazmente. Tuve que huir: en la fuga me vi precisado á separarte de mí, cuando no contabas mas que catorce meses; pero no sin colgar en tu cuello esa cruz de ébano, sagrada reliquia de tu madre, que tambien la llevaba, y sin grabar al reverso de ella esas cuatro letras M. D. S. T., ó sea marqués de Siete-Torres. Te dejé en una aldea de Asturias y parti. Dos años despues volví á buscarte entre los niños de tu edad: nada; habías desaparecido y no pude encontrarle; inútiles fueron todas mis pesquisas y desesperado de cuatro años de vanas indagaciones, abandoné mi título, mis estados y vine á hacerme misionero. Arrepentido de haberte abandonado quise que la religion fuera mi consuelo, y que cada alma que yo redimiese fuese una ofrenda á Dios para labar mi pecado. Dios me perdona, pues te he encontrado, veo la cruz y las iniciales. Sí, Jimeno; tú eres mi hijo, me lo dice Dios, me lo manifiesta mi alma.

—Padre idolatrado, vuestro corazon es noble y encontrais el premio de vuestros afanes. Pues bien, padre, partid, yo me quedo. Jamás consentiré en dejaros aquí.

—Hijo, ve al campamento, yo te lo ruego.

Así siguieron largo rato disputando, hasta que un extraño rumor que llegó hasta ellos, les hizo suspender la contienda.

El rumor era, que la batalla se habia empeñado y que los cristianos vencedores, entraban en la ciudad. Anhelantes los prisioneros esperaban su salvacion ó su muerte, cuando se abrió la puerta, y un caballero ricamente armado penetró en la prision diciendo:

—Jimeno, hijo mio, ya te has salvado.

Era Villadares que seguido de su hija vestida de hombre se arrojaron en brazos de Jimeno.

¿Necesitamos seguir para que nuestros lectores sepan lo que pasaria? Seguramente no.

Habiendo caído enferma Marina, de resultas de la marcha de Jimeno, don Rodrigo, al recibir la carta de éste en que le manifestaba donde se encontraba, partió con su hija para ver si el viaje la devolvía la salud. Así fué: y llegó al campamento dos días antes de la accion. Allí supieron que Jimeno estaba prisionero, curado ya de sus heridas, y como hemos visto, fueron los primeros que le tendieron sus cariñosos brazos.

Enterado de todo el rey, confirmó á Jimeno en el título de marqués de Siete-Torres, nombrándole además duque de Santa Fé; casáronse Marina y Jimeno y el padre de éste, llegó á ser confesor y privado del monarca.

Tal es el verídico relato que presentamos á nuestros lectores, los que antes de concluir habrán de permitirnos una ligera consideracion.

La *Fé* bien entendida, profunda como cierta, digna como verdad, nos abre indudablemente la celestial atmósfera de la *Esperanza*, para que practicando la *Caridad* y haciendo el bien, nuestra dicha se aumente. Sin *Fé*, sin *Esperanza* y sin *Caridad* no hay religion, y donde el espiritu religioso falta, no puede haber vinculos sociales, el caos domina, la confusion crece, los pueblos degeneran y los remordimientos del presente nos cierran por completo las puertas del porvenir.

FERNANDO MELLADO.

## DE LA CAZA Y DE LA PESCA.

¡Cuán hermoso es el cielo de los países meridionales de nuestra Europa! ¡Cuán apacibles y serenas son en primavera las olas del mar! ¡Cuán encantador y halagüeño es entonces el espectáculo que nos ofrecen á la vista los campos alfombrados de yerbas verdes y flores, que reflejan con brillo, agitadas por los céfiros, todos los matices tan variados de los colores del iris, y que embalsaman los aires con sus esencias olorosas! Entonces, los marineros, bogan en sus barquichuelos á lo largo de las arenosas playas; al romper el alba saludan con sus canciones melodiosas el retorno de la aurora, y ya tienden sus redes sobre las olas argentadas del mar, ya arrojan sus anzuelos para regalar el gusto de los mas opulentos señores con sabrosos pescados. Por otra parte el eco repite las voces alegres de los cazadores y el ladrido de los perros, que persiguen á la liebre inocente ó al pato herido, que se arroja al agua para que sus fieros enemigos, deseosos de hincar los dientes en sus delicadas carnes, no le alcancen.

En la primavera, en esa estacion del año consagrada

por los antiguos paganos á las Musas y á las Gracias; toda la naturaleza se reanima, todo lo creado adquiere nuevas fuerzas y lozanía. He aquí por qué los vates de todas las naciones celebraron siempre la primavera en armoniosos y elegantes versos; he aquí por qué Lucrecio da á Vénus en su poema, á Vénus, que representa la fuerza regeneradora de todos los seres, el epíteto seductor de *voluptuosidad de los hombres y de los dioses*; y Aimé Martin en sus *Cartas á Sofía*, esclama: «¡Oh dulce primavera, estación de las flores, yo amo tu primer verdor porque anuncia á los labradores tus beneficios!»

Ignoramos el paraje de delicias y bienaventuranza en que Dios colocó á nuestros primeros padres; ignoramos dónde estuvo situado ese paraíso terrenal, imagen misteriosa de la mansión celeste de las eternas felicidades. Pero los eruditos, que se han esforzado en averiguar con visos de mayor ó menor probabilidad su topografía, convienen todos en que se disfrutaba en ese lugar de una perfecta primavera, estación privilegiada en todo el curso del año, como lo dice Mr. Huet, obispo de Avranches, en su docta y erudita disertación sobre el antiguo paraíso terrenal.

En las bulliciosas capitales de Europa, las tertulias mas elegantes y concurridas, los bailes, los teatros son todas diversiones propias del invierno, y durante el verano los magnates y numerosas familias van á habitar en casas de campo, en donde á la caída de la tarde una ligera y suave brisa vivifica y recrea las fuerzas quebrantadas por los rayos abrasadores del gran planeta alumbreador del día. En eso los pueblos de la Europa meridional, siguen la costumbre de los antiguos romanos, y nos traen á la memoria los jardines de Lúculo y de Mecenas, y el ameno Túsculo, en donde el príncipe de los oradores latinos sometía con su pluma de oro á una severa y sutil crítica todos los sistemas filosóficos de la docta Grecia, como nos dan un claro y brillante testimonio de ello sus *Tusculanas*.

Pero, ni Pomona, que preside al estío; ni Vertumno, que preside al otoño, nos inspiran la alegría que Flora, diosa de la primavera. Cuando la vemos esfiada en tela, ó los vates nos la describen ceñida la cabeza con coronas entrelazadas de violetas, jazmines y rosas, parece que toda la naturaleza se sonríe. ¡Ah! es muy cierto, como lo afirman los mas doctos comentadores del Génesis, que Dios creó á nuestros progenitores en la primavera, la cual dió principio á la larga y sucesiva serie de los años y de los siglos.

El ejercicio de la caza y de la pesca en esa hermosa estación, es la mas bella alegoría del poder omnimodo que el Creador de todas las cosas concedió al hombre sobre todos los seres irracionales.

Una historia razonada de la caza y de la pesca sería tal vez la de las sociedades primitivas; sería la del hombre antes de someterse á la vida pastoril y á las faenas del campo; sería tal vez la imagen de la guerra destructora, si no queremos perder de vista que la Sagrada Escritura da á Nemrod el nombre de gran cazador por haber recorrido y conquistado muchas tierras. Pero, en atención á que un trabajo tan severo y que exige investigaciones muy profundas y eruditas, no es de la índole de nuestro periódico, nos limitaremos á consignar en estas columnas algunos pormenores instructivos y curiosos acerca de la caza y de la pesca en la Edad media, porque entonces su ejercicio fué considerado en gran parte como un privilegio exclusivo y perteneciente á algunas corporaciones ó á individuos de elevadas categorías. En cuanto á la pesca, no queremos dejar de adver-

tir con especialidad, que no solo dió á conocer á los naturalistas algunos animales acuáticos ó anfibios, cuya existencia anteriormente se ignoraba, sino que contribuyó tambien al descubrimiento de varios y estensos terrenos en los siglos XIII y XIV.

Collin de Plancy, hablando en su *Diccionario feudal* de la caza, se espresa en esta forma: «El derecho de cazar, que era todo feudal, pertenecía únicamente al señor, que gozaba de este privilegio en todos los parajes sometidos á su jurisdicción. No solo se prohibía á los campesinos cazar con armas, sino tambien con redes, liga ó máquina é instrumentos, cualesquiera que fuesen. Si al señor no le gustaba cazar, vendía á sus siervos este derecho, permitiéndoles cazar aves durante una sola temporada.»

Collin de Plancy, en la obra que acabamos de citar, y Ducange en su *Glosario de la baja é infima latinidad*, dicen que una de las costumbres mas abominables, inherentes al derecho de cazar en la Edad media, era la que obligaba á los campesinos y pastores á no tener perros sino desjarretados, á fin de que no pudieran alcanzar ni perseguir á las alimañas, y que los señores castigaban severa y cruelmente á los que no observaban esta costumbre con escrupulosidad.

En algunas provincias de Francia se ahorcaba sin formación de causa al que robaba de noche un conejo; y á los que cazaran sin privilegio animales bravios, no se les diferenciaba de los salteadores, que acometen en el fondo de un bosque á los transeúntes.

Deseoso Alfonso VI de poblar á Toledo de cristianos, despues de haberle conquistado contra los árabes en 1086, dice terminantemente: «Entre la multitud de privilegios otorgados á los nuevos habitantes, se permite cazar con privilegio á los cristianos, y no á moros y judíos.»

Si pasamos de la caza á la pesca en los tiempos aciagos del feudalismo, se nos presentan los mismos atropellos y actos tiránicos, las mismas arbitrariedades é injusticias. El uso de los mares y de los rios es comun á todos los hombres, y no puede someterse, como dicen los publicistas, á ningun género de *servidumbre* (1); pero los señores feudales, que tenían siempre en su abono la fuerza de las armas, la violencia y muchos privilegios adquiridos ó usurpados, ejercían todos los derechos de una absoluta y exclusiva propiedad sobre los rios y los lagos, sometidos á su jurisdicción, porque estaban cercanos ó limitrofes á sus tierras, castillos ó caseríos. En esos mismos tiempos habia, sin embargo, hombres superiores á su siglo, y que lejos de autorizar y sancionar los abusos, los ridiculizaban con indignación, como nos lo da á conocer el hecho, que vamos á reproducir, entresacándole del *Diccionario de los feudos*, de Laplace: «Los cortesanos y palaciegos decían con frecuencia á Canuto II, rey de Dinamarca, que él únicamente era el señor de los mares, que bañaban su reino. Esta adulación tan grosera y repetida á muchos señores feudales, le causó tanto tedio, que un dia se fué con buen número de cortesanos á las orillas del mar, fuertemente agitado, y le ordenó que calmara su furia, obediéndole, como un humilde esclavo á su amo. El mar indócil, en vez de retirarse, empapó en agua los piés del monarca. Entonces Canuto, mirando con desprecio á sus cortesanos, les dirigió estas palabras muy memorables:—No olvidéis jamás que los reyes no tienen mas poder que el último de sus súbditos sobre la

(1) Véase la célebre disertación de Grocio: *Mare liberum*. Contra la de Saldano de *Mare clauso*.

«naturaleza, y que todos los hombres tienen igual derecho sobre las cosas hechas para todos»

La historia únicamente ha trasmitido á la posteridad esas palabras de Canuto, no imitado por nadie; y los señores feudales, que se juzgaban á la sazón dueños de la tierra que pisaban, y hasta del aire que respiraban, no contentándose con imponer multas cuantiosas, y con escudarse hasta el extremo de confiscar los instrumentos de su industria á los que pescaban sin privilegio en los ríos y lagos, anejos á los feudos, castigaban como salteadores de los caminos reales á los que se atrevían á romper los hielos de esos lagos y ríos, durante el invierno, para buscar peces.

A la gente acomodada y á los particulares se les permitía pescar por diversion con el anzuelo; pero á un pobre, que intentara hacer lo propio, se le perseguía y se le castigaba cruelmente, obligándole á pagar veinte libras (1) de multa, antes de soltarle de la prision, en donde quedaba sepultado largos años, si no podía satisfacer la multa.

Pero no queremos pasar por alto en esta circunstancia, que la caza de las aves comenzó á tomar en el siglo XIII un aspecto científico, y que la pesca allanó el camino á largas navegaciones, y al descubrimiento de tierras lejanas. Debemos á la docta pluma del emperador Federico II de Alemania, y á la de fray Alberto el Grande los primeros tratados de halconería; y á los escandinavos, que recorrían á la sazón todos los mares septentrionales hasta la Groenlandia, el descubrimiento de las tierras americanas, que están mas al Norte, mucho antes de que el inmortal Colon emprendiera su viaje.

Federico II habla del modo de educar á los halcones, de su uso y oficio en cazar á las varias especies de aves, de la índole y naturaleza de los halcones, y habla detenidamente de la osteología de las aves y de los pelicanos. El hijo de Federico, Manfredo, enriqueció la obra de su padre con varias notas útiles y eruditas. Alberto el Grande, en el libro XXIII de la inmensa coleccion de sus obras, trata de las aves, y despues de haber dado su historia sumaria y general, entra de lleno en el exámen de sus diferentes especies; se ocupa del arte de cazar con aves de rapiña, y habla de los halcones.

Desde el siglo XIII hasta el XVI, dice Pouchet en su *Historia de las ciencias naturales en la Edad media*, la cynegética (2), esto es, el arte de cazar, y con especialidad la halconería, degeneraron en una especie de frenesí. Todos los señores feudales criaban y mantenian halcones; en el frontispicio de sus castillos se veía siempre en barro ó yeso la imágen de un halcon; y los mismos eclesiásticos, para quienes la caza era una de sus principales diversiones, criaban y mantenian halcones en el recinto de los templos, y en el fondo de los cláustros. Abelardo, en una de sus cartas, censura ágríamente esta afición tan desmedida de los eclesiásticos á la caza, y encendido en santo celo se espresa en esta forma: «Quisiera que viérais mi casa: no la creyerais ciertamente un monasterio, porque sus puertas no están adornadas con piés de ciervos, ni de osos, ni de jabalíes, ni con los horrendos despojos del buho.» Pero, á pesar de las exclamaciones de Abelardo, y de otros ilustres personajes, distinguidos por su vida ejemplar y pureza de costumbres, se nota todavía, recorriendo la historia, que fué

mucha la afición á la caza, no solo de los seglares, sino tambien de los eclesiásticos, hasta la primera mitad del siglo XVI; y Roscoe, en su excelente obra acerca de la vida y el pontificado de Leon X, nos dice que este papa se vió espuesto á la critica de muchos é ilustres varones por su excesivo amor á la caza, diversion única, ó cuando menos principalísima de los antiguos señores feudales. Con efecto, Cervantes en su *Quijote*, queriendo darnos una idea anticipada de la vida de los caballeros andantes, inseparable de la feudal, dice que don Quijote era muy amante de la caza.

En cuanto á la pesca, lejos de ser hoy dudoso, es muy cierto, que debemos á los largos viajes marítimos, emprendidos por los escandinavos en los siglos XII y XIII, como queda consignado arriba, las primeras noticias de los países mas septentrionales del nuevo continente. Pouchet, al hablarnos de la Groenlandia en su *Historia de las ciencias naturales en la Edad media*, y de la pesca de las ballenas, nos da á conocer, apoyado en documentos muy fidedignos, que en los siglos XII y XIII los escandinavos ejercieron un comercio muy activo en las costas de la América Septentrional, que misioneros europeos se trasladaron á esas regiones tan remotas, y que despues de haber convertido á muchos idólatras, fundaron iglesias y establecieron obispados con autorizacion y bulas pontificias.

Pero la caza y la pesca, que en la Edad media allanaron el camino á grandes abusos, atropellos, arbitrariedades y horrendas persecuciones; la caza y la pesca, que en esos tiempos aciagos fueron consideradas como un objeto de pura diversion y un privilegio esclusivo de los señores feudales; la caza y la pesca han contribuido sobremanera á los adelantos de la historia natural, desde los tiempos de Aristóteles hasta nuestros días, sometiendo á la diligente y madura observacion de sábios naturalistas una multitud de animales raros y cada vez mas nuevos, ó anteriormente ignorados.

SALVADOR COSTANZO.

## RISA Y LLANTO.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

### III.

Despues de un ligero desayuno, continuó Felipe su narracion.

La vida se deslizaba agradablemente para María de Vargas. Era dichosa, disfrutando en su sociedad la amena conversacion de Fernando. No así para este. Su esperanza, sus ilusiones, la felicidad que él creía entrever en el amor de María, las destruian cada noche sus inoportunas carcajadas. La hilaridad de la señorita de Vargas martirizaba de tal modo el corazon de Maldonado, que la palidez de su rostro y tristeza de su mirada iba cada dia en aumento. Yo esperaba aun que la costumbre de ver continuamente el defecto nasal de mi amigo, curaria á la hija del baron de sus estremadas carcajadas. Notaba, además, en ella, un tinte grande de tristeza, casi dolor, arrepentimiento por sus continuadas risas. La veía esforzarse para contenerla, y comprendía la lucha de su alma entre su buen co-

(1) 80 rs.; cantidad muy subida en atencion á los tiempos.

(2) Esta palabra, que hoy se considera como sinónimo de cacería, trae origen de dos vocablos griegos, que significan cazar y perro, cazar con perros.

razón, que ya estaba seguro amaba á Fernando, y la propensión irresistible á la risa, que demasiado adivinaba caía como plomo fundido sobre el corazón del que era objeto de ella, sumiéndole en una desesperación inesplicable.

Una noche, al regresar á nuestra morada, me dijo Fernando estrechándome entre sus brazos con alegría:

—Soy feliz, mi querido Felipe; María me ha prometido que no reirá mas.

—No esperaba menos de su talento, de su buen corazón, que era imposible no interesara, el que, como tú, posee cualidades de tanto precio y tan poco comunes.

Pero, á la noche siguiente, al entrar en el salón de casa del barón, María, que estaba muellemente echada en una butaca junto á la chimenea, al ver á Fernando dijo:

—¡Ah! es vd., señor de Maldonado, y soltó la carcajada con estrépito.

Fernando palideció horriblemente, yo me acerqué á él, y le dije al oído:

—Valor, valor, María te ama á pesar de todo, y la costumbre de verte la curará.

El barón, demostrando su desagrado por lo que su hija hacía, prodigó á mi amigo grandes agasajos. Aquella noche el alma desolada de Maldonado brotó sangre. Su conversación respiraba tedio á la vida y á todo lo que la hace agradable. Su elocuencia, elocuencia del corazón, rayó á tal altura al hablar de los sentimientos del alma, tema puesto por uno de los tertulios, que María avergonzada de su anterior conducta, derramaba silenciosas lágrimas.

Al retirarnos, Fernando, apoyado en mi brazo, iba hablando como un niño, siendo inútiles las reflexiones que le hacía para consolarle.

Su amor por María había llegado á un grado tal de exaltación, que para él no había felicidad en la tierra sin ella. María también le amaba, y al reconvenirle su padre por su conducta, respondió:

—El corazón de Fernando es muy noble, muy generoso, y me conceptúo feliz poseyéndolo, pero, padre mío, perdónad la locura de vuestra hija. No puedo contener la risa al mirarle frente á frente. Me violento, me esfuerzo por no hacerlo, y no puedo. ¡Créas, padre mío, que no sufro por ello? Pues me vas á decir que estoy verdaderamente loca, pues te confesaré que hasta he deseado el ser ciega para no verle, para no martirizar así su corazón con la explosión de mis carcajadas, que no puedo contener.

El barón me contó al día siguiente la conversación que había tenido con su hija, y esto me confirmó que el alma pura de María se hermanaba con el noble corazón de Fernando. Desde entonces me dediqué al estudio de la fisiología especialmente, y puse todo mi conato en curar esa enfermedad (tal consideraba yo las carcajadas de María), de una manera radical, ya que el defecto físico de Fernando era la causa de esa manifestación.

Así las cosas, una escena que no quiero pasar por alto, ocurrida entre el barón y Maldonado, demostró á aquel todo lo que valía mi amigo. Una noche, que se trató de pleitos, el barón, en extremo hablador, se dirigió á Fernando.

—Antes que empiece mi partida de ajedrez con el doctor, y que tú, dijo dirigiéndose á su hija, te pongas á cantar el dúo de la *Favorita* con el señor de Maldonado, que tan bien cantáis y que tanto me gusta, me permitirá éste que le consulte un punto de derecho.

Fernando se levantó del piano y fué á sentarse al lado del barón, dispuesto á oírle atentamente.

—Figúrese vd., mi querido Maldonado, empezó el padre de María, que le quisiera encargar de un pleito importante, y en el que se disputan unos cuantos millones de pesos. Mi sobrino, el conde de Jaruco, me disputa la posesión de un ingenio en Cuba, nombrado la Maravilla, que mi hija ha heredado por su difunta madre.....

—Dispénsame vd., barón, que le interrumpa; repuso Fernando con su grave y sonora voz. Hace días que el conde de Jaruco me ha nombrado su abogado en esta cuestión, y si los documentos que vd. presente no son de mas fuerza que los que he estudiado del conde, aunque siento el decirlo, diré que, según mi pobre opinión, no tiene vd. ningún derecho. Debo hacer ahora otra declaración. He defendido á muchos criminales, convencido intimamente de su culpabilidad, he atacado la ley que protege la sociedad contra el crimen, disputándole su presa, he defendido enérgicamente la sangre de un semejante mío que, estraviado tal vez por las pasiones, llegó á tal extremo. Al obrar así tenía la convicción de que obraba bien, pues si lograba eludir la ley, que satisface la vindicta pública, conseguía tal vez abrir los ojos de la razón á un individuo que puede aun ser útil á la sociedad, que, de otro modo, abandonándole á las manos del verdugo, no lograba el fin moral que la ley se propone, pues aunque los tribunales sean inexorables en sus fallos, existe, sin embargo, el crimen, existen los criminales. En materia civil opino de diferente modo. He formado el propósito de no aceptar, por provechosas que me fueren, causas que en mi conciencia considere injustas. Ahora bien, señor barón; la de vd., con su sobrino el conde de Jaruco, la tengo hace días estudiada. He examinado escrupulosamente los documentos que el conde me ha pasado; he pesado el derecho de cada uno en la balanza de mi conciencia, y, según ellos, señor barón, no está el derecho de su parte. Por esa razón, por mucho que me ofreciera vd., no me encargaría de su pleito, porque dificulto mucho que se pueda alegar mejor derecho.

El barón escuchó á Fernando estupefacto y casi colérico de ver que se espresase así.

—¿Y si de eso dependiese, señor de Maldonado, el que yo concediese á vd. la mano de mi hija?

—Antes de atender á mi amor, atendería á la integridad de mi conciencia, y le diría á vd. siempre lo mismo.

Hubo un momento de silencio. María, pálida como un cadáver, contemplaba á Fernando con admiración; y este, tranquilo en la apariencia, dejaba, sin embargo, comprender en sus ojos la lucha que sufría su alma.

El barón continuó en tono ya mas reposado:

—Señor de Maldonado, me ha dado vd. una lección. Un noble, ignorante como yo, aun puede apreciar todo el valor de un abogado de probidad como vd. Lo que acaba vd. de manifestarme, habla muy alto en pro de sus sentimientos. Mis pretensiones están mal fundadas, vd. lo ha juzgado así, está bien; no insistiré mas en ello. Yo lograré que mi sobrino me venda, á cualquier precio que sea, el ingenio de la Maravilla, que tengo interés en poseer. Pero, mientras tanto, reconocido á su declaración, y como un tributo á su honradez y nobles sentimientos, para corresponder á su franqueza, el barón del Pinar ruega á vd. se digne aceptar la mano de su hija.

Es imposible que puedas formarte una idea del cuadro que tenía á mi vista. Fernando cogió las manos del barón y se las cubrió de besos y de lágrimas. María de pálida que estaba poco antes, se puso encarnada como una amapola y llorando también de alegría, cayó en los brazos de su pa-